

## La vida en la Comunidad Segundo Montes, prototipo de la nueva economía popular

Desde el marco que forma el techo de lámina sostenido por dos horcones sobre un piso de tierra aplanada a pisotones, observo la luna que a muy temprana hora ha salido ya, dibujando cual artista de la tinta china, la silueta del penúltimo pino encaramado en una ladera, cual solitario y silente testigo del mucho dolor que dejó en aquella lejana región de Morazán el batallón de la muerte, mal llamado Atlacatl —héroe nacional en su lucha contra los hispanos y creador de la guerra de guerrillas, según el decir no muy fidedigno de Roque Dalton—, así como a las lejanas montañas, ahora desgraciadamente propiedad de Honduras —nuestra hermana república y como tal, muy poco fraterna— merced a un cuestionable fallo del tribunal de justicia de La Haya. Montañas que con sus crestas subiendo y bajando me recuerdan la “montaña rusa” y que a lo mejor a los militares así les parecieron también y de allí que las consideraron subversivas o en todo caso refugio de subversivos. Lo cierto es que por poco las aplanan a puros bombazos.

La mentalidad de los militares es tan compleja y de tan amplio contenido, que va desde la imbecilidad hasta la criminalidad. Además de ser inútiles, ya que de sus dos únicas funciones una es preservar la integridad territorial, y no la preservaron, y la otra es defender la soberanía nacional, que ni siquiera entienden qué cosa es. Y pese a lo mucho que significan en términos del presupuesto nacional, no sirven para nada. ¿Para qué los tenemos

entonces? En opinión de algunos economistas “macros” es la única y más efectiva política social que realiza el Estado para combatir el desempleo y la única política económica incoherente con el modelo neoliberal, ya que el Estado los mantiene a fin de estimular la demanda.

La noche está tibia como la sangre derramada en aquellos montes por las familias campesinas víctimas inocentes, como todas las víctimas de la estrategia de tierra arrasada *made in USA*. No hay zancudos, ni mosquitos que perturben mi silente contemplación y es que contemplar exige del silencio, para que puedan fluir los recuerdos a la mente. Así penetró en la mía la imagen lejana de mi madre, cuando después de cruzar un puente de madera con mi hermanito de meses en sus brazos, musitaba suavemente: “¡Venite, Guayito, Venite! ¡No te vayas a quedar en el río!”. Años después, cuando ya era mayor de edad que no del ejército, entendí que los ríos al ser cruzados en las noches son capaces de robarse el espíritu de los tiernitos. Sí del espíritu y no del alma, ya que ésta es un concepto hispano y no indígena. Lo cual parecería una tontería de no ser porque tienen un significado muy diferente. Que el alma se fuera al infierno al nativo le resultaba algo poco preocupante, pero que le robaran el espíritu era cosa seria.

Y pensar —me dije— aquella noche, que nosotros pudimos haber sido de los masacrados, por-

que de haber seguido viviendo en el campo hubiésemos sido considerados como "masas de la guerrilla", sobre todo siendo del dominio público que yo en mi juventud anduve estudiando en Moscú. Mas que va, nosotros pudimos salir del monte con bastante anticipación. Ser considerado "masa" de la guerrilla en Europa daba *caché*, pero aquí en el monte daba el pasaporte a la eternidad, lo cual no es nada grato, si no que lo digan los más de 70,000 guanacos que lo recibieron sin haberlo solicitado.

De mis recuerdos fui traído a la realidad por el movimiento de unas siluetas que sigilosamente se cruzaban entre las barracas que albergaban a disímiles visitantes que habían acudido al Segundo Aniversario de la Comunidad Segundo Montes. Uno no entiende, pero había llegado de todo, desde los lumpens revolucionarios hasta más de algún chapín de los que aún siguen dando la lucha en su país. Estos procesos así son, si no que lo digan los que aún se recuerdan de la guerra civil española, donde anduvo de todo. ¿O no? En la misma guerrilla no andaban, pues, desde algún internacionalista despistado que esperaba entrar a la capital como héroe mítico al estilo del Che, hasta campesinos muy guevudos que luchaban su lucha con muchas ganas y sin miserias. Ellos son el auténtico, el verdadero pueblo salvadoreño, los que han derramado su sangre, ya sea combatiendo por convicción en la guerrilla o por obligación en el ejército y no los ricos y sus secuaces como nos quisiera hacer creer el partido ARENA, por ahora en el poder.

Algunos campesinos vivieron cerca de una década en un refugio en Colomoncagua (Honduras). Refugio es un eufemismo para referirse al campo de concentración en donde los tuvieron encarcelados, sufriendo el hostigamiento de los congéneres de "nuestra gloriosa Fuerza Armada". Allí fue donde vegetaron al principio, gracias a la asistencia internacional, posteriormente iniciaron un proceso de educación y capacitación, en parte como terapia contra el encierro y en parte para obtener algunos bienes. Lo cierto es que allí —pese o gracias— a las condiciones adversas en que vivían lograron una excelente organización y fueron sacando de lo profundo de sus corazones todos aquellos valores que el capitalismo ha tratado de borrar del ser humano. Fue allí donde se fue gestando la unidad, la

solidaridad, la cooperación y la fraternidad como criterios de vida.

Fue desde allí que iniciaron, en el 89, su primer éxodo, con sus pocas pertenencias al hombro o en la cabeza, caminando largas y fatigosas jornadas, ya que después de tantos años de encierro hasta habían perdido el gusto por caminar. Pero confiaban en que más allá del siguiente cerro que se veía a lo lejos estaría la tierra salvadoreña, la tierra que los animaba a volver y así seguían en la larga marcha. Llegó la primera avanzada de aquel contingente de refugiados con un solo sueño en la mente: construir una comunidad de seres humanos libres y dignos en base a su propio esfuerzo organizativo y productivo. Aunque el gobierno quiso ubicarlos en una zona donde pudiera controlarlos, ellos optaron por las tierras al norte del Torola. Región totalmente abandonada como fruto de la *tierra arrasada*, pero de control guerrillero, lo cual de una u otra manera, les significaba cierta garantía. Posteriormente, con el auxilio de ACNUR, de algunas organizaciones no gubernamentales y con la presión de las organizaciones populares, el resto de compañeros refugiados pudo regresar hasta conformar los cinco asentamientos que en la actualidad constituyen la Comunidad Segundo Montes: Hatos I y II, San Luis, Los Quebrachos y El Barrial con un total de aproximadamente ocho mil personas, con una elevada proporción de ancianos y niños, lo cual refleja una relación de dependencia bastante elevada y que, ciertamente, drena los exiguos excedentes que obtienen de su trabajo cotidiano.

La Comunidad Segundo Montes en opinión de algunos de sus moradores cubre un territorio que oscila entre 20 y 25 kilómetros cuadrados, posee en la actualidad una valiosa infraestructura, fruto del trabajo de sus miembros y aunque ahora que ya ha finalizado la guerra a algunos antiguos propietarios nos les faltan ganas de recuperar las tierras, los comuneros que cargan un pasado triste y que comienzan a respirar tranquilos, no permitirán por ningún motivo que se les arrebate ese futuro que están construyendo para sí y para sus hijos. Es más, según la opinión de algunos dirigentes de la comunidad, en los acuerdos que pusieron fin al conflicto salvadoreño se debió haber sido mucho

más cuidadoso en cuanto a garantizar a ésta y a otras repoblaciones la estabilidad en cuanto a la tierra, ya que ello podría ser fuente de nuevas tensiones sociales en la actualidad.

Pero bien sentado en aquel piso de tierra y recostado en la pared de tablas, observaba la noche y sus misterios, mientras las pulgas con toda tranquilidad, brincando cual cabras montaraces, llegaban a la cena que les tenía preparada mi sangre de mestizo; sabía de la técnica guerrillera de darle vuelta al pantalón, para dejarlas afuera mientras llegaba el sueño, pero no me sentía con deseos de dormir, así que las dejé que se dieran gusto y picaban y picaban, las muy putas. De pronto, un campesino salió de su rancho y fue hacer sus necesidades bajo un árbol de tihuilote, con toda la estrepitosidad que genera una cena de frijoles salcochados. Hizo lo que tenía que hacer y mirando unos papeles a su alrededor, no sin asombro, tomó unos cuantos y se limpió el ano.

Un poco más avanzada la noche, intrigado por las sigilosas figuras que ya ratos habían desaparecido, fui a dar una vuelta envuelto en la noche solitaria y descubrí que el piso estaba alfombrado de volantes del Ejército Nacional para la Democracia y al cruzarme por donde se zurró el campesino vi lo útil que le habían resultado los volantes. Esa noche no tuvo que acudir a las piedras, ni a las hojas riesgosas, ya que en lo oscuro no es remoto toparse con unas hojas de chichicaste. Para mis adentros no pude menos que sonreír, no por satisfacción o por burla, sino por lo simple o lo compleja que es la vida del campesino. ¡Vaya usted a saber!

Seguramente, de haberme encontrado en una situación semejante en descampado y sólo disponiendo de piedras o de las hojas de *El Capital* hubiese optado sin vacilación por las piedras, pero nunca por las hojas de mi obra preferida, pero yo no fui a Honduras, huyendo de los bombardeos, de las incursiones del ejército o del peligro de morir en un fuego cruzado... Y tampoco he vivido mis

años de adulto temiendo que con la llegada del invierno se me muriera un hijo de disentería o que sería más chaparro que yo, por hacer un solo tiempo de comida. Además, y pensándolo bien, para aquel campesino analfabeto, la ilustración de un fusil en el volante no le indicaba que necesariamente tenía que ser del FMLN, bien podría haber sido de la Fuerza Armada, pues. Y con un panfleto del ejército, lo que hizo era lo menos que se podía hacer.

Con todo no se puede decir que los esfuerzos de los "guerrinches" letrados por hacer unos buenos afiches y hojas volantes fueran inútiles... Fueron trabajo improductivo, como el del comerciante, pero con todo muy útil, ya que también servían para encender el fuego del amanecer. Y es que sólo quien no ha vivido en el campo, no entiende porqué los periódicos tienen una mayor circulación los domingos, que es cuando los campesinos visitan la ciudad. Pero ocurre que el papel periódico



es muy útil para limpiarse, para encender el fuego o para envolver cualquier babosada, inclusive, la fritada o los tamales que los campesinos generosamente regalan a sus visitas. De modo que los anunciantes que pagan más caros sus anuncios del domingo no saben realmente lo que están pagando.

Contemplar la noche campesina es de las cosas más bellas que existen. Y aunque parezca increíble, aún es gratis. Todo es calma y quietud, hasta el rocío cae suavemente sobre los techos de lámina y el silencio sólo es roto por el ladrido de algún perro inquieto por las incursiones nocturnas de los tacuazines, amantes incorregibles de la carne de gallina, como se me comenzó a poner a mí la piel de los brazos a medida que la luna se iba ocultando y una fría neblina —que nunca sabré de dónde vino— comenzaba a borrar aquel bello y agreste cuadro que yo había disfrutado en uno de los varios asentamientos de la Comunidad Segundo Montes. Nombrada así por uno de los jesuitas de la UCA que fueron masacrados por orden del alto mando del ejército en la última ofensiva de la guerrilla, en el 89 y que dedicó parte de su energía física e intelectual a estudiar las condiciones de vida de los refugiados.

Este acto tan irracional obliga a recordar lo ya dicho acerca de los militares; lo cual, por otra parte, nunca dejará de estigmatizar al gobierno gringo que los apoyó y los enriqueció o a Duarte que pactó con ellos para lograr ser presidente de la *república de la muerte*. Los que quedamos fue más por casualidad que por otras razones. En los años ochenta, en este paisito de mierda, sobrevivir era algo así como jugar, día tras día, a la ruleta rusa.

Cual ronrrón pedorro comenzó su actividad el motor de gasolina que ponía en acción el molino de nixtamal. Una invasión de gigantescas y bulliosas luciérnagas comenzó a aproximarse a la caseta del molinero: campesinas jóvenes y viejas con su guacal de maíz en la cabeza buscaban la cola para esperar su turno de moler. Las luces de sus lámparas de mano parecían minirreflectores deseosos de acabar con la oscuridad de la madrugada. Serían las tres de la mañana y ya todo era actividad en Los Quebrachos. Una buena señora al verme titiritando por el frío, me invitó a aproximarme al fogón que ya tenía listo para hacer café y calentar los tamales. Al ver que no lograba calentarme,

me dijo: "Ya va a estar el café, así se le va a ir ese frío jodido". Cabal, luego de una sabrosa taza de café negro con azúcar y un no menos delicioso cigarrillo, yo ya era otro. Después me comí dos tamales y otra taza de café con pan dulce.

Serían las cuatro de la mañana, pero era tal el gentío tomando café con tamales o con pan dulce que el nuevo día de trabajo ya ratos que había comenzado. Los muchachos aprovechaban para enamorar a las cipotas que hacían cola, esperando turno para moler. Todos platicaban entre sí de cosas cotidianas, del diario vivir. Aquello no era un simple ir al molino, era el punto de reunión en el amanecer, un lugar social, donde iniciaba la vida cada día.

Como recuerdo triste guardo en mi memoria la imagen de un niño de unos doce años, pero que parecía de siete, delgado y moreno, con la mirada perdida en quién sabe qué pesadilla. Cuando el niño me observó fumando, se acercó queriendo simular una sonrisa que no alcanzaba a dibujarse en su rostro, a puras señas, porque seguramente así como perdió la cordura perdió también el habla, me pedía que le diera de fumar. Yo me le quedé viendo desconcertado, pues estaba obsesionado por fumar y me dije para mis adentros: "¡Militares hijos de Marte, cuántos como este niño habrán quedado traumatizados para toda la vida!".

De haber sido más conversador que observador, seguramente me hubiera enterado de otras cosas, —que luego, en visitas posteriores fui captando— aunque para mí lo que estaba contemplando era suficiente. Sobre todo me llamó poderosamente la atención la generosidad de aquellas personas, su cordialidad y su hospitalidad. Nuestro campesino es por su idiosincracia hospitalario, aunque bastante receloso con los extraños, al punto que ante cualquier pregunta lejanamente comprometedoramente sencillamente responde, "Bien". Sin embargo, las personas de la Segundo Montes son muy distintas, ven en quienes los visitan a un amigo, un compañero, alguien que de alguna manera está interesado en su proyecto de vida.

La existencia del molino para el lector poco conocedor de nuestra realidad rural le puede parecer un hecho sin mayor trascendencia, pero ocurre

que en nuestro país como en todos aquellos de América Latina en los cuales se muele maíz, tal proceso se realiza mediante la utilización de dos piedras, herencia de nuestro pasado indígena, en consecuencia, la comunidad Segundo Montes había dado un salto histórico de quinientos años y eso es muy importante, porque nuestros pueblos ya no pueden seguir viviendo en el pasado. Al poseer su propio molino de nixtamal aquella comunidad estaba posibilitando a sus miembros evitarse un trabajo bastante fatigoso y adicionalmente éstos obtenían una masa de mejor contextura, mucho más fina, con la que producían mejores tortillas.

Entender este hecho implica a su vez conocer que el principal alimento entre los campesinos son las "chengas" o tortillas de sólo masa de maíz o rellenas de frijoles, de queso, de chicharrones, reueltas, de flor de ayote, de pepescas, de cuchitos, etc., a las cuales llamamos pupusas. La variedad de las pupusas sólo está limitada por la imaginación de quienes las tortean. Como son muy nuestras, seguramente serían un negocio redondo para algunas unidades de la nueva economía popular, pues podrían ser exportadas a los países donde residen muchos salvadoreños y quizás algún día podrían llegar a ser tan populares e internacionales como los tacos mexicanos.

En mi primera visita, el servicio del molino era gratuito y ello explica, parcialmente, la considerable afluencia de personas, lo cual obligaba al molinero a tener que iniciar su trabajo a tan tempranas horas de la mañana, pero las cosas cambian y en vista de que no se podía seguir brindando el servicio gratuito se comenzó a cobrar y con ello disminuyó la afluencia y la hora de levantarse del molinero. Ahora, poco más de dos años después, el trabajo en el molino se inicia a las seis de la mañana y con algunas excepciones, las amas de casa poseen sus propios molinos manuales.

A las cinco de la mañana ya ha comenzado la actividad en el corral de ordeño y los miembros de este colectivo tienen que continuar con su práctica madrugadora. La granja ganadera con preciosas vacas de raza es uno de los proyectos colectivos motivo de mucho orgullo para los habitantes de la Segundo Montes. Dos hermosos sementales *Brown Swiss* tienen a su cargo cerca del centenar de va-

cas. Como la tierra es árida y no habría pastos durante el verano, haciendo casi imposible o no rentable mantener un hato de raza en aquella zona, mediante el uso del riego de zacate de clase y el auxilio de una picadora, allí está el proyecto ganadero brindando leche, queso, crema y cuajada para el consumo de la comunidad o la venta fuera de ella. Además, el suero se aprovecha para alimentar a los cerdos del proyectos porcícola.

El excremento del ganado junto con el de las aves es utilizado como fertilizante en algunos de los pocos predios dedicados a la agricultura colectiva. Porque a decir verdad, en esa tierra del norte de Morazán, como en casi toda la zona norte de nuestro país, la tierra está tan desnuda que ya muestra hasta sus huesos. El uso despiadado de aquellos cerros antiguamente cultivados con jiquilite o añil y luego, con granos básicos, definitivamente ya no son aptos para los cultivos estacionales. Aún así, la comunidad ha sabido aprovechar algunas partes del terreno menos inclinadas para cultivar algo de fruta, verduras y hortalizas. Algunos de los habitantes que no poseen ocupación permanente en los proyectos colectivos siguen cultivando maíz y frijol para su consumo, en pequeñísimas parcelas desparramadas por los cerros.

La Comunidad Segundo Montes, aunque está integrada por personas originariamente campesinas, ha logrado comprender que de la agricultura no puede obtener los medios necesarios para mejorar sus condiciones de vida, de allí que haya optado por concentrar su mayor esfuerzo en las actividades pecuarias (ganado vacuno, cerdos, cabros y conejos), en las manufactureras (carpintería, confección, calzado, hojalatería, metal-mecánica, ladrillera, etc.), artesanales (hamacas, talabartería, alfarería, hilados, etc.), construcción, transporte, con su respectivo taller mecánico, comercio al por mayor y por menor... Bueno, hasta un banco poseen. Todo ello ha ido modificando los hábitos de vida y ya ahora muchos de sus miembros tienen horarios de trabajo propios de la ciudad. Por eso, en muchos hogares hasta las seis de la mañana comienza a salir humo de sus cocinas y lo primero que conoce el estómago es una deliciosa taza de café, luego vendrán las tortillas recién salidas del

comal para comer los frijoles con queso o huevo, ya que la vida en la Segundo Montes si bien ha superado algunos de los niveles de pobreza aún falta mucho por hacer. Sin embargo, no están estáticos, cambian, prueban, experimentan y siguen adelante. Es por ello que a esta nueva realidad la calificamos como una *utopía en marcha o una realidad fluyente*.

Pero bien, además del proyecto ganadero poseen un proyecto avícola de huevo y otro de pollos de engorde y ya han proyectado crear su propia fábrica de concentrado para alimentar a las aves, lo cual generaría más empleo y disminuiría los costos de los proyectos avícolas, dando lugar a un mayor volumen de excedente. También poseen una granja porcícola que está en proceso de maduración. Este año ya lograron hacer la primera venta de ganado en pie, aunque lo proyectado es vender carne y producir embutidos. La granja avícola es atendida cotidianamente por mujeres, una por galera, aunque cuentan con servicio técnico para las otras actividades que exige el manejo de un gallinero en forma profesional.

Entre las muchas experiencias tristes que recuerdan los miembros de la comunidad está la del bombardeo que en la zona realizó el ejército, cuyo resultado fue el asesinato de quinientas gallinas y otras más que murieron posteriormente estrezadas por el impacto. Ante la indefensión experimentada por estas gentes y la rabia por la pérdida de su patrimonio, optaron por subir los cuerpos destrozados de las gallinas a un camión y se fueron con ellos a Gotera —cabecera del departamento de Morazán, donde está ubicada la Segundo—, sede de uno de los tantos destacamentos militares. Frente al cuartel dejaron el montón de gallinas muertas... No había necesidad de muchas palabras para decirle al ejército lo que había hecho bombardeando la comunidad. Esta anécdota de alguna manera refleja el carácter que ha logrado la comunidad, viven de manera muy pacífica, son cordiales, fraternos y muy amigables, pero ya no agachan la cabeza ante cualquier prepotencia, la dignidad les ha penetrado muy adentro.

En la mayoría de las actividades no agropecuarias, el trabajo comienza a las ocho de la mañana con un receso de media hora para el almuer-

zo y a las cuatro y media de la tarde concluyen las labores. Trabajan 52 horas semanales. En aquellas actividades que por decisión propia han preferido descansar el sábado por la mañana, la labor diaria, de lunes a viernes, se prolonga como en la carpintería. En la ladrillera tienen horario normal y una producción bastante compleja de ladrillos compactados para las paredes de las casas que ahora están construyendo. Los ladrillos son de tierra y una pequeña proporción de cemento, se los compacta con una máquina importada de México, lo cual les ha posibilitado disminuir los costos de materia prima, ya que ahora no hay necesidad de usar leña para quemarlos y adicionalmente se evita la tala de árboles. Realmente el proceso es innovador y de generalizarse en otras regiones, eliminaría una de las causas de la tala de árboles para la cocción del tradicional ladrillo de barro.

Debido a que en la actualidad están en un proceso masivo de construcción de viviendas producen también otro tipo de ladrillo en forma manual y empleando cemento, arena y piedra. Además de los ladrillos también fabrican tejas de cemento y arena en moldes de plástico, las cuales son curadas para hacerlas totalmente impermeables. A fin de satisfacer la elevada demanda de ladrillo que poseen, que esperan que se mantenga al menos durante un período de cinco años, es decir, el tiempo que estiman necesario para dotar a cada familia de una vivienda digna, ya han comprado una nueva máquina compactadora de mayor capacidad, la cual pronto estará en funcionamiento. Esta máquina funcionará en base a energía eléctrica y no como la que ya poseen que funciona gracias a un motor diesel, y es que ahora se ve que el gobierno pronto los dotará de energía eléctrica.

Esto no debe llevar a pensar que en la comunidad no poseen energía eléctrica, ya que tiene una planta propia que funciona de siete de la mañana a ocho de la noche, posibilitando el funcionamiento de otras máquinas y equipos en los talleres de carpintería, metal-mecánica, sastrería, zapatería, etc. Pero claro, ésto encarece los costos de producción.

Durante los meses que estuvo concentrado el Ejército Nacional para la Democracia, el taller de calzado suplió gran parte de la demanda que aquél hacía; ahora en tiempos de paz, han transformado

su producción y están ofreciendo buen calzado a precios accesibles. El taller de confección también está operando y produce ropa para hombres y mujeres. Para asegurar una determinada demanda se han integrado a la maquila. El taller de metal-mecánica y hojalatería realmente es impresionante, tanto por sus instalaciones como por la cantidad de maquinaria y equipo que posee. A quien tiene una visión despectiva del habitante rural le ha de resultar difícil creer lo que está ocurriendo en esta comunidad, pero viene a confirmar que los habitantes rurales si han vivido secularmente en la miseria, no ha sido por falta de capacidad o por razones culturales, sino por falta de oportunidades.

Para una economía cuyo eje fundamental fue el cultivo y la exportación de café, resultaba funcional poseer grandes contingentes de fuerza de trabajo mal viviendo del cultivo de granos básicos para que estuvieran disponibles cuando los ricos cafetaleros demandaran su presencia, durante dos o tres meses al año, en la época de la recolección del grano. Esto que fue la práctica habitual de los ahora habitantes de la Segundo Montes, ha sido común en todas las regiones más pobres del país. Lo que importaba era contar con una fuerza de trabajo dispuesta a venderse a cualquier precio durante unos cuantos meses del año, ya sea en la recolección del café, de la caña de azúcar o del algodón. El resto del año a nadie le importaba. La marginación y el desprecio con que fueron tratados se rebela, incluso, en el hecho de que nunca se le ha permitido su sindicalización y cuando comenzó a crear algunas asociaciones de trabajadores del campo, durante la década de los setenta, el gobierno creó una organización paramilitar denominada ORDEN, la cual se ocupó de espiar, controlar y asesinar a los campesinos más consecuentes con la lucha que se iniciaba; sin embargo y pese a la demasiada sangre derramada, ahora los trabajadores del campo como los de la ciudad poseen, al menos, una esperanza real, fundamentada en su propio esfuerzo organizativo y productivo a fin de salir de la pobreza y la marginación.

Ha transcurrido un día de trabajo en la Comunidad Segundo Montes y una fresca brisa baja de los cerros más lejanos. Los trabajadores, hombres y mujeres, caminan tranquilos hacia los cursos de

séptimo y octavo grado o rumbo a sus hogares. Los que ya recibieron su nueva vivienda, seguramente van más de prisa a fin de dedicar las pocas horas de luz que quedan para terminar de acondicionar su casa. Las nuevas viviendas de dos o tres dormitorios, con un espacio bastante grande para sala, comedor y bodega, más la cocina aparte, así como el lavadero y la letrina, ciertamente, son más que una simple solución habitacional, son viviendas dignas, en las cuales dan ganas de vivir.

Dado lo quebrado del terreno, casi todas las casas están alineadas frente a un espacio vacío que permite expandir la mirada hacia el horizonte y desde algunos lugares se puede contemplar la puesta del sol; desde otros, su salida. No se trata de comunidades diseñadas con patrones tradicionales, sino que tuve la impresión de que viviendas y naturaleza buscaban armonizar sus mutuas existencias. La primera fila de casas que contemplé con sus paredes blancas, sus techos rojos y sus puertas y ventanas de pino barnizado, casi en medio de los árboles, me hicieron pensar que aquello era lo que siempre había soñado para vivir.

Cuando esté concluido este proyecto habitacional seguramente habrá que ir modificando el concepto de vivienda rural que ilustra las artesanías o que inspiró al poeta bucólico del rancho y el lucero... El rancho de zacate, con paredes de baras de maicillo o bambú, debe de ser eliminado para siempre, no sólo del pretendido folklore, sino que también de la realidad misma, tal tipo de vivienda es inferior, incluso, a la que poseían los nativos en Mesoamérica, antes de la llegada de los hispanos.

En la Segundo Montes además de las diferentes actividades productivas a que hemos hecho referencia es posible encontrar también una serie de actividades sociales, cuyos servicios se le brindan a la comunidad de manera gratuita y sin recibir apoyo financiero del gobierno, pese a estar obligado a ello. Los servicios prestados son los siguientes, las guarderías, los kinder, las escuelas, la clínica que opera las veinticuatro horas diarias, los promotores de salud, el agua potable y el servicio eléctrico en los centros comunales. Es tan impresionante esta comunidad que hasta posee su propia radioemisora, así como su propio centro de foto-

grafía y video.

En la actualidad existe una incipiente actividad turística, ya que la comunidad cuenta con servicio de alojamiento y comedor, así como un centro de recepción, que se encarga de informar al visitante y de acompañarlo a los lugares de interés. Si se llega en un día festivo es posible hasta disfrutar del conjunto Segundo Montes; en caso contrario, cuentan con cassettes grabados y disponibles para que el "turista" los adquiera. También existe una tienda de artesanías en la que se pueden adquirir bonitos *souvenirs*.

Las seis de la tarde marcaba mi reloj y la noche comenzaba a llegar. Era una noche de verano con cielo estrellado cuya luminosidad competía con la de la luna en poco más de cuarto creciente.

La ausencia de luces circunvecinas invitaba a contemplar aquel cielo que para un habitante citadino resultaba insospechado. Pero allí estaba aquel mundo de aire fresco y transparente, con cielo estrellado y un pedazo de luna....

Sentados en el borde de un barranco platicaba con unos amigos acerca de lo maravilloso y sorprendente que resultaba lo que se había logrado en aquel rincón de nuestro país y así hubiésemos seguido, de no ser porque algunos de los compañeros de la comunidad tenían que iniciar sus tareas cotidianas muy temprano, de modo que a las nueve cada uno se fue al lugar asignado para pasar la noche. Algo así es la vida en la Comunidad Segundo Montes...

A. M.

